

Las mieles del éxito

La sala de control resonaba con los aplausos de todos los que estábamos allí. En la pantalla, la trayectoria del cohete con la recién estrenada nave Federatsia se superponía a un mapa del globo terráqueo. Todavía no había alcanzado la órbita definitiva y aún estaba por ver que todos los sistemas de la nave funcionasen, pero estábamos ansiosos por un éxito y aquello lo era.

Cuando el rumor de las felicitaciones fue apagándose, el ministro, primera vez que se le veía por aquí, no perdió la ocasión. Se levantó con mucha pompa, alisó su chaqueta y comenzó a hablar. Estábamos tan entusiasmados que algunos hasta le prestaron atención. Yo me dejé caer en la silla y disfruté del momento, saboreando esa emoción que manaba de las cifras parpadeantes en las pantallas. La nave seguía su ascenso vertiginoso ajena a todos nosotros.

Y de improviso todos se volvieron hacia mí y el ministro pronunció mi nombre. Aquello fue seguido de varios “héroe de la patria”, “grande de nuevo”, “orgullo de la nación”. No me decía nada. Pero el infame recordó mis comienzos en la agencia, mi participación en la Mir y los padres de la cosmonáutica cuya estela, al parecer, estoy siguiendo. Y cuando enumera mis logros vuelvo a verla a ella, la mayoría son también suyos.

Yekaterina Orlova ya estaba en la oficina de diseño para cuando llegué. Fue un profesor el que me metió allí, no mi devoción a la cosmonáutica. Pero ya no quise salir. Trabajar con ella era sumamente fácil y los resultados siempre acompañaron. Recuerdo como nos juntamos todos los del equipo el día que la Mir fue “deorbitada”. Habíamos trabajado mucho para esa vieja señora que iba a ser volatilizada y los ánimos llevaban semanas por los suelos. A mí no me importó, mi mejor recuerdo aquí es de aquel día, con todas las miradas fijas en las pantallas y los míos en la curva de unos labios. Aquel día fue muy especial. Pensar en ella sigue nublando mis ánimos.

El elogio acaba y doy las gracias a todos. Me da la sensación de que hoy es un poco como aquel día de la Mir, pero a la inversa; mi tristeza repentina me aleja de los demás como la alegría de tener ese rostro junto a mí me separó hace años.

No sé si esto es de verdad una victoria, como dice el ministro, pero de serlo debería celebrarlo con ella, pienso. Me arrepiento al instante; es la edad, me digo, al final acabarás por perdonarla.

A pesar de todo me acerqué a verla después de las celebraciones. Su respuesta grabada en la piedra del memorial seguía imperturbable: *Gloria a los que dejaron su vida entre las estrellas. ¿Y por qué me dejaste en tierra?, me pregunté una vez más.*

David Díez Ibáñez
estudiante Grado de Física